



La seducción del sonido y el desencanto de la palabra

Miguel A. García

Desde finales de los años 80 hasta aproximadamente la primera década de este siglo, una pléthora de trabajos consagrados a descifrar las relaciones entre música, identidad e identificación abonó los congresos y las publicaciones dedicados a la música popular. Alentados por el perfil sociológico y culturalista de los Estudios Culturales, en particular por las entonces novedosas e influyentes cavilaciones de Stuart Hall sobre el concepto de identidad (1996), los estudios de la música popular hicieron de este concepto un fetiche que tuteló los desarrollos y las conclusiones de muchas investigaciones. Antes de que Hall deconstruyera el concepto de identidad y postulara que solo podía seguir funcionando “bajo borradura”, una idea que resultó especialmente atractiva para quienes estaban interesados/das en los procesos de identificación con la música surgió de lo que Simon Frith llamó “los cuatro usos más significativos del *pop*” (1987). En el marco de un extendido interés por comprender cómo, por qué y quiénes consumían la denominada *pop music*, Frith (1987) acuñó la expresión “placer de la identificación” –primer “uso”– para dar cuenta de la experiencia emocional que tiene un/una fan cuando se identifica de manera simultánea con la música que ama, con el/la intérprete de esa música y con quienes comparten con él/ella esa identificación. Más de tres décadas después de haber sido formulada, la disquisición de Frith sobre cómo el placer y las identificaciones se entrelazan en la experiencia musical aún es útil para considerar que, en oportunidades, dichas identificaciones resultan fallidas.

En octubre de 2018, Roger Waters dio un concierto en el Allianz Parque de la ciudad de San Pablo, Brasil, como parte de su gira *Us+Them*. Durante el concierto, Waters incluyó el nombre de Jair Bolsonaro, en ese momento candidato a presidente de Brasil, en un cartel donde figuraban varios líderes neofascistas (sic) y expresó abiertamente su oposición a Bolsonaro. Para sorpresa de muchos/as de los/as presentes, incluido el propio Waters, la reacción a sus dichos por parte de un sector del público fue de rechazo, mientras que otro sector celebró su declaración al grito de *ele não* (él no), consigna de los opositores a Bolsonaro. El episodio fue reportado por los mayores medios informativos internacionales –especializados y no especializados– y tuvo una amplia difusión por Internet. Las reacciones divergentes del público a la posición de Roger Waters se dieron en el marco de una feroz campaña orquestada por fuerzas neoliberales, grupos de derecha y ultraderecha, líderes religiosos/as y militares que con *fake news*, procesos judiciales inventados y diversos tipos de artilugios para desprestigiar al *Partido dos Trabalhadores*, convencieron a una parte importante de la población brasilera que un giro xenófobo, racista, homófobo, militarista y



sexista era la solución a todos sus males.

¿Qué sucedió en ese concierto con las expectativas de los/as fans? ¿De qué manera tuvo lugar el “placer de la identificación”? ¿Cómo el placer y el desagrado se articularon con el juego de las identificaciones y no-identificaciones? Era esperable que, como en casi todos los grandes eventos de rock, en ese acontecimiento los/as fans, regocijados con su música, ligados a ella y a su ídolo mediante una suerte de “saturación de afecto” (Grossberg 1992), revivieran un estado de afinidad que Victor Turner (1991) describió muy bien con el término “*communitas* espontánea”. Es decir, era esperable que frente a su ídolo, su música y a la complicidad de sus pares, los/las concurrentes evocaran y revalidaran ritualmente una alianza de mutuas correspondencias y se sumergieran en una intensa experiencia de unión emocional débilmente ligada al mundo exterior. Sin embargo, eso no sucedió esa noche. Al menos en su formulación inicial, la triple identificación postulada por Simon Frith no tuvo lugar para ninguno/na de los/as presentes.

Quienes celebraron las declaraciones de Roger Waters vieron su identificación frustrada con un grupo de sus pares, que al encarnar el discurso del candidato de ultraderecha adquirirían para los/las primeros/as un estatus de pura alteridad. El “otro”, investido y armado con el discurso de la intolerancia, la “mano dura” y el disciplinamiento, había trascendido el espacio de las calles, la televisión, los mensajes de *Whatsapp* y de otras redes sociales, y ahora invadía y alteraba imprevista e ilegítimamente la familiaridad del espacio propio. A su vez, los/las fans que habían abucheado al músico británico vieron doblemente frustradas sus expectativas de identificación: ésta no pudo realizarse ni con su ídolo ni con un sector de quienes al igual que ellos/as habían acudido a celebrar su música y tal vez también su condición de rockeros/as y/o alguna otra de las múltiples e inestables identidades existentes. Probablemente también para ellos/as la seguridad y la placidez del espacio propio habían sido amenazadas por la presencia de un “otro” que personificaba la posición política contraria a las promesas de Bolsonaro.

Esta breve interpretación del caso, basada en teorías sostenidas por estudiosos de la música popular entre mediados de los años 80 y mediados de los 90 que, a mi entender, aún mantienen cierta vigencia, abre interrogantes que ameritan ser respondidos mediante una investigación y que invitan a repensar el alcance de esas mismas teorías. Tal vez el más significativo de esos interrogantes se erige en torno a las voces que discreparon con las expresiones de Roger Waters. ¿En qué medida la falta de identificación de los/as fans con su ídolo y sus pares afectó su experiencia emocional con “su” música? ¿Pudo haber tenido lugar “el placer de la identificación” para esos/as fans sólo con el aspecto sonoro del evento? ¿Pudieron sus cuerpos haber gozado como lo habían hecho hasta ese momento con la música creada e interpretada por un músico que ante sus caras enarbolaba las banderas de sus opositores políticos? ¿Pudo haberse escindido la experiencia emocional de las pasiones políticas? ¿Ignoraban los/as fans las manifestaciones previas que había tenido Roger Waters sobre los líderes neo-fascistas? Si el incidente afectó la respuesta emocional de los/as fans, ¿fue este un malestar momentáneo o un desencanto que persistió más allá del concierto? ¿En qué medida, en el campo de las experiencias musicales, el placer puede permanecer asociado a un objeto de deseo que seduce con el sonido pero que desencanta con la palabra? Tal vez los/as estudiosos/as de la música popular puedan ayudarnos a responder estas preguntas.

Referencias

- Frith, Simon. 1987. "Towards an Aesthetic of Popular Music". En Leepert, R. y Susann McClary (eds.), *The Politics of Composition, Performance and Reception*, pp. 133-172. Cambridge: Cambridge University Press.
- Grossberg, Lawrence. 1992. "Is there a Fan in the House?: The Affective Sensibility of Fandom". En Lewis, Lisa A. (ed.), *The Adoring Audience. Fan Culture and Popular Media*, pp. 50-65. London and New York: Routledge.
- Hall, Stuart. 1996. "Who Needs Identity?" En Hall, Stuart and Paul du Gay (eds.), *Questions of Cultural Identity*, pp. 1-17. London: Sage.
- Turner, Victor. 1991. *The Ritual Process. Structure and Anti-Structure*. New York: Cornell University Press.